

olla el rebordé dejado por el hilo para redondearla como un globo utilizando un trozo de chapa fina acodada en doble ángulo recto a la que llama volveor. Eugenio, el alfarero de la Escuela de Cerámica de Madrid, le llama «aaria» a este instrumento, y utiliza algunos otros nombres que difieren de los nuestros: a la moja le llama bellotino. Al trapo de fieltro o badana de sombrero para la terminación de los bordes le llama pañete; a la cabecilla, cabezuela, etc.

En la chimenea de la Venta, ante una buena lumbre de palos, la Heriberta e Ineso van recordando las cualidades de su oficio, cuya decadencia lamentan, conformándose con las cosas que quedan y el recuerdo de lo que fue. Dice Ineso que se conservan en la industria los nombres primitivos para entenderse con los compradores; así, al puchero más pequeño se le llama papero, porque era el de las gachas, sopas o migas de los niños, que siempre estaba arrimado a la lumbre; le sigue el intermedio y luego el macetero, el de medio cuartillo, el de cuartillo la olla de media azumbre, la de azumbre y la de cuartilla.

Los mismos nombres rigen para los jarros y cazuelas. Todos se venden por docenas y con el nombre de su capacidad: una docena de paperos, de media azumbre, de cuartilla, etc. En Santa Cruz los venden por sartas en todos los tamaños y en Bailén por cuartillos.



Los Tinajeros

Corona, y muy digna corona, de la alfarería manchega lo es la tinajería de Villarrobledo, con sus panzonas tinajas de quinientas arrobas los más grandes envases fabricados de barro en cualquier parte del mundo.

Lo que puede ser la necesidad de espacio para el tinajero lo pueden deducir quienes recuerden la fábrica del salitre de Alcázar, desde el arroyo del matadero a la carretera de Herencia y desde los Sitios, a partir del Arco, al «Praillo».

Y en medio del espacio inmenso, como una fortaleza aislada en e.